

**Enric Juliana**

## **La economía crece sin un correlato de mejora social**

(*La Vanguardia*, 30 de abril de 2017).

La nueva oleada de noticias de corrupción aviva la indignación, cada vez más amarga.

La semana empezó en Brasil. Mientras Esperanza Aguirre, daba una conferencia de prensa en Madrid para anunciar su definitiva retirada de la política, Mariano Rajoy comparecía ante la prensa en Brasilia, junto con el presidente de la República Federativa del Brasil, Michel Temer. Comparecencia sin preguntas, una vez más. Hermetismo tropical. Rajoy no quería hablar de lo que estaba ocurriendo en España. Y Temer, con ocho ministros investigados por el Tribunal Supremo, tampoco quería responder preguntas incómodas. Pocos gobernantes extranjeros visitan Brasil desde el indecoroso *impeachment* de la presidenta Dilma Rousseff. La diplomacia española cree que ahora es el mejor momento para abrir puertas en el gran país sudamericano. Puede ser una buena estrategia.

El mismo lunes tenía lugar en São Paulo el primer foro Brasil-España, con participación de destacados empresarios de ambos países. Una de las intervenciones absorbió de manera muy especial la atención de todos los asistentes. El presidente de Telefónica, José María Álvarez-Pallete, prescindió de la retórica habitual en ese tipo de encuentros y fue directamente al grano. Al grano digital: “Estamos viviendo una revolución tecnológica como nunca antes se había producido en la historia. Ningún modelo de negocio va a permanecer igual. Ninguno de los que estamos aquí vamos a permanecer como estamos”. Los brasileños asentían. Hombre enjuto y maratoniano, Álvarez-Pallete concluyó con una solemne advertencia: “Si no hacemos nada ante lo que se está produciendo, tendremos una distribución tan desigual de la riqueza que llegará un gran movimiento populista para oponerse”. Hubo silencio en la sala.

Esperando a los robots. Ese debería ser el título de esta crónica. Todo es ahora provisional. Los robots no pasarán de largo como los bárbaros del famoso poema de Kavafis –“gente venida de la frontera / afirma que ya no hay bárbaros/ ¿Y qué será ahora de nosotros sin bárbaros? / Quizás ellos fueran una solución después de todo”–, los robots van a llegar en masa y lo volverán a cambiar todo. Todo relato político es hoy radicalmente provisional.

Mientras llegan los robots, en España sube el PIB y baja la moral. Las estadísticas confirman el crecimiento de la economía, con una tasa interanual del 3%, casi el doble que la zona euro. Italia, en horas muy bajas, no consigue alcanzar a un crecimiento del 1%. Francia está en el 1,2%. Portugal ha conseguido embridar el déficit, pero su débil demografía le impide crecer al ritmo español. Turismo a chorros, tipos de interés bajos, precio del petróleo moderado, salarios rebajados, mano de obra joven a precio de saldo, un parque inmobiliario a buen precio y una población consumidora de cuarenta y seis millones de habitantes han vuelto a poner en marcha las turbinas de la economía, prácticamente paralizadas hace tres años.

El PIB crece y la moral baja. La mejora macroeconómica no encuentra un inmediato correlato social. Los salarios han disminuido y las condiciones laborales empeoran. Los pensionistas se han librado de un fuerte hachazo, y ello ayuda a explicar que el partido en el Gobierno esté sustentado por un bloque electoral mayoritariamente formado por personas de más de 55 años. Los jóvenes se han llevado la peor parte. El 70% de los españoles entre los 18 y los 35 años se hallan en situación precaria, o están en el paro o trabajan con contratos temporales con salarios inferiores a los de las generaciones precedentes, según un detallado informe publicado recientemente por los sociólogos José Félix Tezanos y Verónica Díaz ( *La cuestión juvenil, ¿una generación sin futuro?* Biblioteca Nueva).

El 54% de los jóvenes españoles empiezan a considerarse ciudadanos de “segunda categoría”. La tasa de nupcialidad ha caído a la mitad respecto a 1976. La tasa de natalidad española (1,2 hijos por mujer en edad fértil) es hoy la más baja de toda Europa. En regiones como Andalucía, el paro juvenil alcanza un vertiginoso 60%. El ciclo de reposición social está prácticamente bloqueado en el cuarto país más poblado de la Unión Europea. Ello ayuda a explicar que el partido más votado por los jóvenes sea Podemos. Ello ayuda a explicar que el anuncio de moción de censura formulado esta semana por Pablo Iglesias haya sido aplaudido por las redes sociales, ante el ceño fruncido de la mayoría de los medios de comunicación maduros. Mientras llegan los robots, España sufre una fractura generacional escalofriante. Mientras se aproxima una disrupción social y económica de vastas proporciones que inquieta incluso al nuevo presidente de Telefónica, España acumula un resentimiento juvenil sin precedentes. La política española no puede hoy leerse sin considerar la fractura generacional.

El PIB crece y la moral baja, porque ha regresado el clima de indignación de otoño del 2014, cuando la acumulación de escándalos y casos de corrupción, así en Madrid como en Barcelona, así en Andalucía como en València, acentuó la crisis de opinión pública y sentó las bases del fuerte castigo que sufriría en las urnas el Partido Popular, primero en las elecciones locales y autonómicas de mayo del 2015, después en las elecciones generales de diciembre del mismo año. Un castigo que se hizo extensivo al Partido Socialista, incapaz de erigirse en alternativa de gobierno.

La confirmación de que la Comunidad de Madrid ha sido durante años un nido de corrupción alegremente tolerado por el folklórico liberalismo castizo de Esperanza Aguirre, y la confirmación de que la familia Pujol manejó una cuantiosa fortuna en el extranjero mientras el político más relevante de Catalunya en los últimos cincuenta años – Jordi Pujol– daba lecciones de moral y se comportaba como un auténtico hombre de Estado, rompe definitivamente el relato de las últimas décadas. Ni Rodrigo Rato fue un genio de la economía, como creían algunos depositantes de Caja Madrid. Ni José María Aznar –en silencio sepulcral desde hace semanas– fue un sagaz estratega. Ni Pujol fue la reencarnación de Enric Prat de la Riba. Ni Felipe González, el más sólido de los políticos españoles desde 1977, tuvo los reflejos de su camarada portugués Mario Soares cuando llegó el inclemente vendaval de la crisis. Ningún notable del Partido Socialista se puso al lado de la gente que sufría cuando comenzó la crisis. La gran contribución del PSOE fue el apuntalamiento de la monarquía. Ahí estuvieron González y Alfredo Pérez Rubalcaba.

El relato está roto, y la única tabla de salvación del partido gobernante es el crecimiento del PIB y la fractura de la izquierda, como consecuencia del cisma generacional. “Hay que esperar a que pase la tormenta”, ha dicho Rajoy a los suyos. Pese a la gravedad de los últimos acontecimientos, en Moncloa creen que nada está perdido. Resistir, resistir, resistir. Rajoy tiene a su favor el orden europeo, que puede verse sustantivamente reforzado dentro de una semana por la victoria del centrista Emmanuel Macron en Francia. La estabilidad de España es del todo necesaria para la reorientación de la Unión Europea. El desfallecimiento italiano revaloriza la posición de Rajoy.

El Gobierno cree que escampará y que al final del día el Partido Popular podrá demostrar que ha hecho limpieza de sus propias miserias. Este es el papel asignado a Cristina Cifuentes, nueva presidenta de la Comunidad de Madrid, hoy figura en alza en la derecha (Cifuentes podría plantearse competir en el 2019 por la alcaldía de Madrid, ante la segura retirada de Manuela Carmena). El Partido Popular necesita salir del marco narrativo de la corrupción lo antes posible, puesto que dentro de un año deberá comenzar a preparar las elecciones locales y autonómicas. Si logra aprobar los presupuestos del 2017, cosa que tiene a su alcance, dentro de un año podrá plantearse el adelanto de las elecciones generales ante la evidencia de una legislatura

ficticia. El Gobierno apenas legisla, pero la oposición tampoco puede gobernar desde el Parlamento. A partir del próximo 3 de mayo, dentro de cuatro días, Rajoy volverá a tener en sus manos la posibilidad de proponer al Rey la disolución del Parlamento y la convocatoria de nuevas elecciones. Evidentemente, con el actual clima, es imposible plantearse un adelanto electoral. La indignación social ha regresado a los registros del 2014.

“Ya escampará”, ha dicho Rajoy. El ministro de Justicia, Rafael Catalá, es el encargado de ahuyentar las nubes. Cada vez se hace más evidente la existencia de un diseño gubernamental para embridar a los fiscales anticorrupción y evitar que en España se repitan los acontecimientos que narra la excelente serie de televisión titulada 1992: la fenomenal embestida de la fiscalía de Milán contra la corrupción política en Italia, que se saldó con centenares de detenidos, más de una decena de suicidios y la desaparición de casi todos los partidos políticos que habían gobernado el país desde 1948. El Gobierno teme que la autonomía de los fiscales anticorrupción, envalentonados por el clima de crispación social, derive en una Tangentópolis española que acabe desbordando al Partido Alfa. El control de la fiscalía es hoy la piedra de toque. Frenar, frenar, frenar. Esta es la tarea encomendada al nuevo fiscal general del Estado, José Manuel Maza, y al nuevo jefe de la fiscalía Anticorrupción, Manuel Moix. No es una tarea fácil en un país con muchos jóvenes en pie de guerra. Ahí está la púa de espino de la moción de censura planteada por Podemos.

Iglesias, por las mañanas corajudo, por las tardes leninista pop, se ha puesto un reto muy alto. En primer lugar deberá atravesar la cortina de improperios y sarcasmos que le dedican todos aquellos que se sienten ofendidos por el atrevimiento de Podemos. Su iniciativa será caricaturizada hasta la extenuación. Si supera la primera prueba, deberá demostrar fuste y calidad en la tribuna del Congreso. No es fácil defender una moción de censura basada exclusivamente en un propósito de denuncia. Rajoy es un parlamentario potente, y el Partido Socialista vive este nuevo episodio como la caída de Troya.

Podemos se ha obligado a demostrar que no es un fenómeno pasajero. La apuesta es muy alta. El eclipsado Íñigo Errejón lo ha captado de inmediato, manifestando su pleno apoyo a la moción. Si las cosas van mal, Iglesias no podrá acusarle de tibieza. Es probable que Podemos presente la moción de censura a mitad de mayo y que acompañe sus preparativos con la convocatoria de una movilización en Madrid contra la corrupción. Quedará en manos de la presidenta del Congreso, Ana Pastor, decidir la fecha del debate, que puede ser antes o después de las elecciones primarias del PSOE, fijadas para el 21 de mayo. La fecha no será un detalle menor.

La moción sobrevuela el área socialista, y Pedro Sánchez no se atreve a rematar de cabeza por miedo a ser acusado de criptocomunista. El exsecretario general podría pedir que Podemos pare el reloj para negociar una moción de censura con candidato socialista después de las primarias. No dará ese paso. Sánchez no quiere parecer entreguista, mientras que Susana Díaz, el carácter defensivo de su discurso.

En Catalunya, los dos partidos soberanistas, ERC y PDECat, han acogido la iniciativa podemista con interés, en la medida que supone un cuestionamiento del actual orden político. Iglesias ha recibido un mensaje personal de Carles Puigdemont. En Catalunya, el cráter Pujol vuelve a emitir una radiación intensa, nada inocua para el soberanismo. “Ya escampará”, dice Rajoy a los suyos, mientras negocia personalmente la aprobación de los presupuestos con el Partido Nacionalista Vasco. El PIB sube, la moral baja y la gobernación de España vuelve a necesitar a los nacionalistas. Al final del día.